

Homenaje al Dr. Alfredo Vicencio Tovar

Dr. Raúl F Olaeta Elizalde

Morelia, Mich. Diciembre 4 de 1997.

No es fácil, por justificado que sea, rendir homenaje a un hombre.

En el caso de hoy, se conjuntan una serie de factores, porque nada nos ciega ante tus méritos, Alfredo, y porque tu historial humano y rebelde te permite marchar confiadamente sobre el filo de la verdad.

Hay sentimientos que buscan salida en un ambiente especial, como éste, con tus amigos, familiares, discípulos y compañeros, en donde pueda volcarse la simpatía amistosa.

Por ello empezaré hablando del hombre, este hombre que me distingue con su amistad, y que nació en el municipio de Xonacatlán, en el Estado de México, en el seno de una típica familia de la clase media mexicana. Su padre, abogado, magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la nación, Don Gustavo Vicencio, y su madre, una linda oriunda de esta ciudad de Morelia, Doña Lolita Tovar.

De estas raíces, vinieron tres hijos: Alfredo, Abel y Astolfo. Y a propósito de raíces, recuerdo, como mexicano, a José Giral que escribió: *«la dignidad de ser mexicano empieza con el orgullo por nuestras raíces»*. Y así, orgulloso por sus raíces, Alfredo tuvo además que vivir, la rebeldía también de sus hermanos, quienes militando, creando y luchando desde las filas de la oposición en la política mexicana, dejaron huella.

El joven Alfredo, decidió ser médico e ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, graduándose en 1952, y recuerdo entonces lo escrito en la primer edición del libro de Medicina Interna de Harrison: *«no hay mayor oportunidad, responsabilidad y obligación que les toque a un grupo de hombres, que la de convertirse en médicos.»*

Vocación, palabra que se origina en la voz *«vocacio»* ó acción de llamar, ese llamado interior a algo que nos atrae, que nos invita con insistencia a dedicar la vida a una peculiar actividad. Ese llamado fue para el Dr. Vicencio, desde su internado de pre-grado en el hospital Juárez de México, para ejercer la cirugía, y durante sus cinco años de entrenamiento en cirugía general, apare-

ció el llamado a la gastroenterología. Empezó entonces su ejercicio profesional como cirujano gastroenterólogo e inició su labor docente. Ha formado 23 generaciones por lo menos.

Finca su familia en la Ciudad de México a partir de 1960, y vienen sus hijos, solamente nueve, con esa extraordinaria mujer que es Rosa María.

Su inquietud lo lleva a ocupar diferentes cargos en diversas instituciones, y su rebeldía innata lo hace participar en el movimiento médico de 1965, y como consecuencia, tuvo que salir de alguna institución (léase ISSSTE), junto con otros distinguidos miembros de esta Asociación, que mostraron su convicción acerca de la libertad y la dignidad que todo ser humano debe poseer y salvaguardar.

Aquí recuerdo unas líneas bellas y profundas de un pensamiento de M. Ehrmann, que lleva por título *Desiderata*, y que a la letra dice; *«se tú mismo... y cualquiera que sean tus trabajos y aspiraciones, en la ruidosa confusión de la vida, queda en paz con tu alma... esfuérzate por ser feliz»*.

El Dr. Vicencio ha tenido otras inquietudes, ligadas siempre al idealismo y al deporte. Le gusta la historia, la arqueología y el arte. En su juventud (hace apenas unos meses), fue miembro del pentatlón universitario, y ha practicado el buceo, el montañismo y la natación; últimamente practica el *highball*, el sauna y el vapor.

Pero la clave y el pilar de su consistencia personal y el de su familia, ha sido, es y será Rosa María, base y motor de la formación de sus hijos; ha sido apoyo y fuerza de Alfredo y ha tenido la inteligencia de perdonar errores y de entender la convivencia con un médico, y para colmo cirujano. No cabe duda que detrás de un gran hombre, hay una gran mujer.

Hablar ahora del curriculum del Dr. Vicencio, sería muy extenso: es miembro activo y honorario de otras sociedades científicas nacionales e internacionales; autor y coautor de artículos y libros de la especialidad; conferencista en nuestro País y en el extranjero.

Fundador, consejero y presidente del Consejo Mexicano de Cirugía General, y consejero y tesorero del Consejo Mexicano de Gastroenterología. Pero yo solo quie-

ro recordar con ustedes, los dos hechos, que por su vocación, debo resaltar: su ingreso a la Academia Mexicana de Cirugía en 1973, y después de escalar diferentes responsabilidades, ocupó la presidencia de la Academia en 1996.

El otro hecho, fue su ingreso a nuestra Asociación Mexicana de Gastroenterología en 1963, y después de participar en diferentes cargos y comisiones, ocupó la presidencia en 1983 y tuve la fortuna de formar parte de su grupo de trabajo, lo que permitió afianzar nuestra amistad.

Recuerdo aquí ese viejo aforismo que dice: *«un hermano es el amigo que te da el destino, y un amigo es el hermano que tú escoges»*, y tú, Alfredo, eres mi amigo.

El Dr. Vicencio escribió en el libro de historia de nuestra Asociación, que había conocido a fondo sus peculiares características, donde destaca la amistad de sus miembros y sobre todo su seriedad y su ética profunda. Recuerdo aquí lo que el maestro Chávez escribió: *«La ciencia sola no basta para llenar la actividad del científico,*

sino que debe completarla con la cultura humanística. De ella dependerán sus valores éticos, su capacidad de comprensión y simpatía y su espíritu de cooperación social».

Alfredo sigue inquieto y sigue con fuerte actividad profesional, docente y familiar como padre y abuelo, ahora de nueve nietos, y queremos que la historia recoja este testimonio, y que tú te lleves, para el tesoro de tus recuerdos, este sencillo pero sincero homenaje a tu labor en la vida, y no sólo en la gastroenterología.

Y gracias a estas reflexiones, me doy cuenta que tienes defectos, pues por fortuna eres humano, y el siguiente pensamiento anónimo nos sitúa mejor:

*«Sólo quien trabaja puede cometer errores,
sólo quien decide, se equivoca,
sólo quien desea avanzar, puede caer;
Si nunca te ha pasado, es porque no has hecho nada...»*

Muchas gracias.